

V Domingo de Pascua. Ciclo A.

Domingo

a.- Hch. 6, 1-7: Eligieron a siete varones llenos de Espíritu Santo.

En la primera lectura, a la sana convivencia de la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén, se añade un nuevo servicio, el de los diáconos. Las viudas se quejan, que no son atendidas en sus necesidades materiales, o la ayuda a los necesitados. Si bien en la comunidad todos eran judíos, otros eran venidos de la diáspora, es decir, eran de habla griega. La solución mejor que encontraron los apóstoles fue seleccionar siete varones insignes y probos en la fe y virtudes cristianas, Lucas añade, llenos del Espíritu Santo (v. 3), para encargarse de la ayuda a los pobres, con la predicación de la palabra y la caridad. Los apóstoles seguirán con su ministerio de evangelización. Los siete diáconos tienen nombres griegos: Esteban, Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Pármenas, Nicolás; los apóstoles les impusieron las manos, orando por ellos y su futuro ministerio. También hoy el ministerio de los diáconos es un gran servicio a la Iglesia, servicio que hay que promover, para renovar la comunidad eclesial en su entrega y dedicación a Dios y a los hombres.

b.- 1Pe 2, 4-10: Vosotros sois una raza elegida, un sacerdocio real.

Hasta el momento el apóstol nos ha presentado la vida cristiana de lo que significa ser santos (cfr. 1Pe.1,13-21); la regeneración por la palabra y el misterio pascual (cfr. 1Pe.1,22-25), y lo que nos propone hoy la vida cristiana como sacerdocio a la luz de Cristo, piedra angular de la Iglesia (cfr. 1Pe.2, 4-10). Todo tiene como trasfondo la preparación de la Pascua del AT, completada por la nueva luz del Nuevo Testamento (cfr. Ex.12, 21-28). A medida que leemos el texto aparecen títulos para el nuevo pueblo de Dios, que se habían pronunciado para el antiguo Israel: raza elegida, por haber sido escogida entre todas las naciones (cfr. Ex. 19,5; Dt. 7,6; 14,2; reino de sacerdotes (cfr. Ex.19,6), capacitados para ofrecer sacrificios espirituales de la nueva alianza (v.5; cfr. Ex.24,5-8; Ap.1,6); nación santa porque escogida, por la acción del Espíritu, pueblo adquirido por la sangre del Hijo de Dios (cfr. Hch.20,28; 1Pe.1,19), finalmente, pueblo de Dios, que atrae no sólo a los miembros de las Doce tribus, sino las naciones gentiles (v.10; Is.9,1). Esta Nueva alianza, se realiza en torno a la nueva roca, una piedra viva que es Cristo Resucitado; la antigua alianza se llevó a cabo a los pies del Sinaí, piedra a la que, el pueblo no podía acercarse, bajo pena de muerte, aquí ahora todos pueden acercarse a ÉL (vv.4-8; Ex.19, 23). Este pueblo puede reunirse en torno a una persona, que fue rechazado, muerto, pero escogido, resucitado. Los cristianos en torno a Jesucristo, formar una templo espiritual, que ofrece no rito sino actitudes espirituales, personales, no abluciones, sino compromiso de fe (vv.5-8; cfr.

Rom.12,2; Hb.13,16). De ahí que los cristianos ofrecen sacrificios de orden moral, conversión incesante, caminar hacia Cristo. La palabra cual leche espiritual alimenta y nutre el proceso bautismal de conversión la permanente renovación de los fieles (cfr.1Pe.1,22-25). Finalmente, los cristianos constituyen el nuevo y verdadero Israel, con las mismas prerrogativas que tuvo el antiguo pueblo de Dios (v.9; cfr. Ex.19,5-6; Is.43,20-21). Los discípulos están seguros de ser el nuevo Israel, por el conocimiento personal que tenían del Resucitado, la piedra del nuevo pueblo. La Iglesia de Pedro se reconoce como el nuevo pueblo escatológico, en el que se cumplen todas las promesas del antiguo Israel. El hecho de la muerte y resurrección de Cristo, s para la Iglesia, tan importante como la revelación de Yahvé en el Sinaí. Tal acontecimiento es el núcleo de la constitución del nuevo pueblo y fundamento de su sacerdocio real. Las tablas de la antigua alianza son sustituidas por una Persona, Cristo, que se ofrece en sacrificio por amor a toda la humanidad, que ofrece una nueva alianza cimentada en un corazón nuevo, capaz de ofrecerse totalmente a la voluntad del Padre y edifica el templo espiritual lugar donde se ofrece el único culto agradable a Dios. Se trata del sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial no se excluyen, sino que se complementan, son dos ministerios diferentes en esencia y en grado, pero ambos, participan del único sacerdocio de Cristo (cfr. LG 10). Este sacerdocio de los fieles se vive desde el bautismo, con el testimonio de vida y la oración, auténtico sacrificio de ofrecer la propia existencia con todos sus trabajos, dolores y alegría, día a día en el altar del propio corazón. Es el culto en espíritu y en verdad al Padre, que concretamos en la celebración eucarística, culto espiritual que enseñará Pablo (cfr. Rm. 12, 1). El Padre que se construya un pueblo en torno a la nueva piedra, lo que es anterior a toda fe individual. De ahí que la celebración eucarística tiene todas estas características: pueblo de Dios en acto de ofrecer el sacrificio espiritual, cuando responde todo él al llamado divino, y cuando ofrece, como sacrificio su fe en Jesús resucitado y confiesa su adhesión a la nueva ley de amor que Cristo proclama como mandato a su pueblo.

c.- Jn. 14,1-12: Yo soy el camino, y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí.

El evangelio nos presenta la revelación del Padre, y cómo llegar a ÉL. La marcha de Jesús, que les preocupa sobre manera a los discípulos, posee un secreto: la realidad del Padre. De ÉL ha venido Jesús, a ÉL retorna, pero no sólo, sino que sube con todos los redimidos. Esa relación con el Padre, que los discípulos conocen, es raíz y origen de toda su existencia. La comunidad, realidad palpable es testigo de cómo la ida de Jesús, es necesaria, para que se de esa misma relación que tiene con el Padre, en cada uno de sus discípulos. El Padre lo desea abiertamente, Jesús quiere dar a conocer su misterio (vv. 7-8). Las palabras de Felipe, son un abrir el misterio de la comunión trinitaria, por parte de Jesús, porque no sólo se hablará del

Padre, sino del Espíritu Santo (cfr. Jn. 14, 16-17), en el momento justo en que se constituye la comunidad, manifestación viva del misterio de Dios cercano y oculto a la vez, comunidad de Amor Trinidad. Vemos entonces, que las palabras de Jesús, hacen presente la realidad del Padre, su misterio y revelación, pero no se agota ahí, queda abierto al futuro. "No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios; creed también mí" (v. 1; cfr. Jn. 11,33; 13,21). La adhesión plena a Jesús, es también adhesión al Padre (cfr. Jn. 10,30. 38; 14, 11-20; 17, 21-23). La misma fe, se debe tener en el Padre, como en el Hijo (cfr. Jn. 12, 44; 1Jn. 2,23). Contando con la fe de los discípulos, comienza a develar el sentido de su partida: su muerte es un volver al Padre. Por medio de su resurrección se crea una nueva relación con el Padre, su humanidad será glorificada. Va a preparar una morada para los suyos en el cielo, Casa de su Padre, lo que también se pudo entender como la presencia mutua que existe entre el Padre en el Hijo y viceversa, que ahora se abre también para los discípulos. La casa del Padre es donde Cristo Jesús nos prepara un lugar (vv.3-4). La pregunta de Tomás (v. 5), busca tomar conciencia del camino que ellos deben hacer, por eso Jesús afirma: "Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre si no es por mí" (v. 6). El camino hacia el Padre está trazado, Jesús lo va a recorrer en su última etapa; los discípulos lo comenzarán a recorrer con el inicio de la pasión, muerte y resurrección de su Maestro. Sólo quien entra en el camino de Jesús, comprende que es Vida y Verdad, no sólo al inicio, sino siempre. Como único camino al Padre, el Hijo del Hombre, se compara a la escala de Jacob, lugar de la comunicación con Dios (cfr. Gn. 28,10-22). Jesús es el Camino hacia el Padre, la Verdad y la Vida, son su explicación. La Verdad con la que se identifica Jesús, es expresión de Dios, su palabra definitiva en la que todo fue creado. Jesús encarna todo el proyecto del Padre, como Mediador, Revelador y Salvador. Quien asume este Camino, encuentra la Vida, sinónimo de la paz mesiánica, pero además la experiencia del Resucitado y del Espíritu y el encuentro del hombre con Dios en la eternidad. No duda Jesús en afirmar entonces: "Si me conocéis a mí, conoceréis también a mí Padre desde ahora lo conocéis y lo habéis visto" (v. 7). La pregunta de Felipe, expresa la necesidad más profunda de los discípulos: ver al Padre: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (v. 9). La exclusividad es absoluta: Jesús es el único Camino hacia el Padre. Ver al Padre se entiende como comprensión en fe de su misterio, experiencia de su revelación, presencia de Dios vivificante en la vida del discípulo. Toda la vida de Jesús es obra del Padre, incluidos los signos y las obras. Mirando al futuro, serán los discípulos quienes continúen esas obras, que bajo la moción y unción del Espíritu, serán más grandes que las realizadas por Jesús (v.12). Finalmente, la comunión tan estrecha que existe entre Jesús y su comunidad, imagen de la que ÉL tiene con el Padre, ahora le corresponde a ella, a la comunidad, expresarla como lo hizo Jesús a sus discípulos. Esta es la nueva dimensión en que ingresan los discípulos, y nosotros, gracias al camino que Jesús abre en su retorno al Padre. La experiencia que tengamos de Jesús es ya haberse puesto en camino hacia la morada del Padre.

Traer memoria de la vida eterna, es vivir el evangelio puesta la mirada en Cristo, camino, verdad y vida nuestra, en ejercicio de santa esperanza. Cuanto más esperemos de esa vida más alcanzaremos, enseña Juan de la Cruz. "Tenga ordinaria memoria de la vida eterna, y que los más abatidos y pobres y en menos se tienen, gozarán de más alto señorío y gloria de Dios" (D 87).

Padre Julio Gonzalez Carretti OCD